

LOS LABIOS PINTADOS

Era de noche, y como de costumbre, me encontraba en mi habitación leyendo un libro. No me podía concentrar mucho en la lectura porque oía las voces de mis padres. Me tapé los oídos, me escondí bajo las sábanas y continué leyendo en voz alta. A la mañana siguiente me desperté temprano para ir al instituto. Siempre me lleva mi madre, a ella le encanta pintarse los labios cuando sale. Ese día, por supuesto, los llevaba pintados de color rojo. Cuando volvimos a casa mi madre y yo pusimos la mesa y almorzamos. Mientras mi madre fregaba los platos, escuché que se abría la puerta de la entrada. Era mi padre, que había vuelto de trabajar. Siempre llega agotado y a veces de mal humor.

Subí a mi habitación y cogí mi diario, me gusta escribir en él lo que me ocurre y lo que siento. Lo tengo que hacer a escondidas de mi padre, porque si me ve, seguro que me castigaría o no me dejaría volver a usarlo. Dice que “es cosa de chicas”. Aún así, lo seguiré usando a escondidas, al menos a mi madre le parece bien. Por la tarde nos visitaron mis abuelos de parte de madre, a menudo vienen y charlamos en familia. Siempre he tenido una conexión especial con mi abuela, de pequeño me enseñaba las muñecas que tuvo mi madre en su infancia y jugábamos con ellas. Las guardaba en su viejo soberao, en unas cajas que olían a madera vieja.

A la mañana siguiente me desperté tarde, era fin de semana y había sido una semana dura y llena de exámenes. Cogí mi teléfono móvil y revisé las redes sociales, tenía varios mensajes del grupo de mis mejores amigas. Estaban hablando de reunirse esta misma tarde en una plaza cercana a mi casa. Le pedí permiso a mi padre, pero él me respondió que no. Miré a mi madre un poco triste y ella bajó la cabeza. Odio que siempre tome las decisiones mi padre, porque es un poco injusto que no pueda hacer las cosas que me gustan. Les respondí a mis amigas que no podía salir esta tarde y les puse varias caritas de pena. Por la tarde, mi madre me propuso ir con ella a hacer la compra, yo por supuesto como no tenía nada mejor que hacer la acompañé. Me peiné un poco y mi madre se pintó los labios. Por el camino pasamos cerca de la plaza donde habían quedado mis amigas. Allí estaban todas, miré a mi madre con cara interrogativa y ella asintió con la cabeza. Corrí hacia ellas y articulé la palabra gracias moviendo solo los labios. Mientras mi madre hacía la compra, me quedé con mis amigas en aquella plaza. A mis amigas les puedo contar cualquier cosa, porque sé que ellas siempre me apoyan y guardan mis secretos.

Al cabo de un rato, a lo lejos, observé un coche negro, parecido al de mi padre, que se acercaba lentamente. Cuando ya estaba delante nuestra, el conductor, bajó la ventanilla poco a poco. Reconocí su rostro enseguida, era mi padre, no sabía que estaba haciendo por allí, pero lo que sí sabía era que estaba metido en un buen lío. Estaba asustado, no quería decir nada porque podía empeorar la situación. Mi padre con una voz grave y con el ceño fruncido me dijo “sube”. Le hice caso, me monté en el asiento de atrás. A través de la ventanilla veía a mis amigas, ellas también estaban asustadas, se despidieron con la mano y mi padre se dirigió al supermercado para recoger a mi madre.

Cuando llegamos a casa, mi padre me mandó a mi cuarto y me prohibió salir de ahí en todo el día. Cogí mi diario y escribí lo que había pasado. Escuché un ruido fuerte, proveniente de la planta de abajo, gritos de mi padre y sollozos de mi madre. Algo había pasado, pero no quería bajar, porque mi castigo empeoraría. Ese día permanecí en mi cuarto hasta la hora de cenar, cuando mi madre me llamó para poner la mesa. Mi padre estaba en el sofá, podía ver en su rostro la ira que tenía. En la cocina estaba mi madre poniendo la mesa. Susurrando, le pregunté que había pasado. Ella no respondió, no entiendo porqué nunca me dice nada, soy lo suficientemente mayor para comprenderlo, ya tengo trece años. Cenamos sin decir ni una palabra, y después me acosté.

Dos días después, me encontraba en el instituto, en la clase de matemáticas. El profesor estaba dando las notas del examen que hicimos el viernes. Si suspendía este examen, no aprobaría la

asignatura. Cuando me entregó el examen, no quise ni mirar la nota. Mi compañero de al lado me dio unas palmaditas en la espalda. Sabía que no lo había conseguido, la nota era un 3,5. Volví a casa decepcionado, y con mucho miedo, ya que como se enterasen mis padres, que se iban a enterar, se enfadarían muchísimo. Cuando llegué a casa, abrí la puerta y me encontré a mi madre sentada en el suelo de la entrada llorando desconsoladamente. Corriendo me acerqué a ella y la abracé fuertemente. Le ayudé a levantarse, se quejaba de un dolor en el tobillo, me dijo que se había caído por las escaleras. “Mamá no mientas” fue lo que le dije. Sabía perfectamente que mi padre era el culpable de esta situación. Los golpes que oía desde mi cuarto eran hacia mi madre. A veces, yo también, siento que mi padre no me acepta tal y como soy, por mis gustos y mi manera de ser.

Esperamos a la noche, mi padre iba a ir a cenar fuera, porque había un partido de fútbol y quería verlo en el bar, como siempre. Vacíé mi mochila del instituto y metí ropa de manera desordenada, mi madre hizo lo mismo, metiendo sus cosas amontonadas en una vieja maleta. Me agarró de la mano fuertemente y salimos de casa. Ese día, mi madre no se pintó los labios. En su rostro vi que no le importaba ya nada. Por primera vez, la sentí completamente libre.